

Ciencias económicas y empresariales

¿Cuál es el futuro de la Globalización?

What is the future of globalization?

Qual é o futuro da Globalização?

MSc. Carlos A. Álvarez-Cárdenas, MSc. Johnny E. Ponce-Andrade

dino_mantasaurio@hotmail.com, jeponc@yahoo.es

Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí, Manta, Ecuador

Recibido: 15 de diciembre de 2015

Aceptado: 17 de febrero de 2016

Resumen

El presente ensayo se propone realizar un análisis sobre los postulados de Joseph Stiglitz en su libro “El malestar de la globalización”. Se presentan las recetas que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial proponen a los países en desarrollo para acceder a sus “ayudas” y cómo estas profundizan las crisis a nivel mundial: la austeridad fiscal, las privatizaciones y las liberaciones de los mercados. El manejo de la economía ecuatoriana es hoy reconocido por organismos económicos internacionales (incluso el mismo BM) y por las más prestigiosas revistas especializadas en temas económicos. El hecho de que este manejo es comparado también al que hicieron en su momento tanto las naciones de Asia del Este como algunos países nórdicos no es una casualidad, pues en más de una ocasión Rafael Correa ha dicho que esos son los modelos que el busca (si cabe el término) imitar.

Palabras clave: Fondo Monetario Internacional; Banco Mundial; globalización.

Abstract

This essay proposes an analysis on the principles of Joseph Stiglitz in his book “Globalization and its Discontents”. The recipes that the International Monetary Fund and the World Bank proposes to developing countries to access their "help" and how these deepen the crises worldwide: fiscal austerity, privatization and market releases; are presented. The management of the Ecuadorian

economy is today recognized by international economic agencies (even by the WB) and by the most prestigious journals in economics. The fact that this management is also compared to the one that at the time nations of East Asia as some Nordic countries did is not a coincidence, because on more than one occasion Rafael Correa has said that those are the models that he aims to (if the term fits) imitate.

Keywords: International Monetary Fund; World Bank; globalization.

Resumo

O presente artigo pretende realizar um análise sobre os postulados de Joseph Stiglitz no seu livro *A globalização e seus benefícios*. Se apresentam as receitas que o Fundo Monetário Internacional e o Banco Mundial propõem aos países em desenvolvimento para aceder a suas “ajudas” e como estas aprofundam as crises a nível mundial: a austeridade fiscal, as privatizações e as liberações dos mercados. O controlo da economia equatoriana, é hoje reconhecido por organismos económicos internacionais (mesmo o BM) e pelas mais prestigiosas revistas especializadas em temas económicos. O fato de que este manejo é comparado também com o que fizeram no seu momento as nações de Ásia do leste como alguns países nórdicos não é uma casualidade, pois em mais de uma ocasião Rafael Correa tem dito que esses são os modelos que ele procura (se é justo o termo) imitar.

Palavras chave: Fundo Monetário Internacional; Banco Mundial; globalização.

Introducción

Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía en 2001, desde el año 1997 hasta el año 2000 se desempeñó primero como Economista en Jefe y luego como Vicepresidente Senior del Banco Mundial. Es en el transcurso de ese tiempo y en el desarrollo de sus funciones en esta institución donde logra palpar el grave problema que genera la globalización en los países en desarrollo y, consecuentemente, sobre los pobres que habitan en estos países.

El catedrático permite el acercamiento inmediato a su punto de vista acerca de la globalización, no como un mal en sí mismo, sino más bien como un conjunto de acciones equivocadas que se han

generado por los organismos que “administran” la globalización y que han centrado todos los esfuerzos en crear Tratados de Libre Comercio (TLC) que, a toda costa, aseguren el “intercambio” de mercancías entre los países desarrollados y los países del Tercer Mundo.

Stiglitz refiere cómo a través de sus investigaciones y luego de sus trabajos tanto en la Casa Blanca (bajo la tutela de Bill Clinton) como en el Banco Mundial, pudo notar que las decisiones respecto de estos TLC como base de lo que se conoce hoy como globalización, se hacían (hacen) basados en ideologías y en política, lo cual es nefasto tanto para los países en desarrollo como para su gente. No solo son responsables las instituciones como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial de Comercio (OMC) sino también (y en igual medida) aquellos gobiernos de esos países en desarrollo que toman decisiones basadas en intereses políticos. Como resultante, estos gobiernos en lugar de entrar en un debate que aporte con evidencias y cifras duras en pro de conseguir lo verdaderamente mejor para las personas, terminan politizando todo y tomando decisiones que con el tiempo resultan más que vergonzosas.

Stiglitz deja en claro que sus ideales acerca de la apertura de las economías de los países vienen desde hace décadas atrás cuando estuvo en Kenya, alrededor de 1970 y en China en los 80, para ayudar a ambas economías a dar sus primeros pasos a abrirse a los mercados, pero de manera *gradual*. Es esto lo que marca la plena diferencia frente al pensamiento de otros economistas que prefieren adoptar medidas de *shock* las cuales han fallado desde la época en que Rusia abrió su economía al mundo.

Al contrario de lo que algunos podrían pensar, Stiglitz enfatiza el hecho de que sí está a favor de las famosas *privatizaciones* de aquellos monopolios estatales, pero siempre y cuando estas ayuden a que por un lado las compañías privadas se vuelvan más eficientes y que, por otro lado, permitan disminuir los precios al consumidor. Estas condiciones solo se darán si los mercados son competitivos, de allí que es acérrimo defensor de las políticas económicas que permitan volver más competitivos a los países en desarrollo.

La información es el activo máspreciado en la economía. Las primeras investigaciones las realizó acerca de la *asimetría de la información en los mercados* (investigaciones que más tarde le valdrían

su Nobel de Economía), y estas asimetrías existen, por ejemplo, entre los Gobiernos y los mercados cuando no trabajan en conjunto.

El FMI planteó, durante muchos años, el hecho de que los mercados son perfectos, por lo tanto, no necesitan la intervención de los Estados para operar, puesto que entre más *liberados* estén los mercados, mejores resultados obtendrán las economías de estos países. Nada más alejado de la realidad.

Cuando los mercados empiezan a operar con total libertad, tarde o temprano los Estados dejan de obtener información valiosa para tomar decisiones a tiempo y es esta *asimetría* en la información la que termina causando *shocks* económicos por la falta de transparencia de los mercados.

La relación entre los mercados y los gobiernos debe ser complementaria; entendiendo que si bien los mercados son el centro de la economía, es necesario que los gobiernos jueguen un rol importante dentro de la economía, pero este rol debe ser limitado pues no se trata de que los gobiernos *solucionen* los problemas que se puedan suscitar, sino que generen los marcos necesarios para que los mercados puedan operar con tranquilidad y transparencia.

Irónicamente, en lugar de aprovechar este poder para crear escenarios que realmente permitan alcanzar el desarrollo económico de estos países, el FMI *estandarizó* recetas económicas que, claramente, favorecían a los países ricos y empobrecían más a quienes acudían en busca de ayuda para alcanzar la gran carrera de la globalización.

La promesa de instituciones globales

Stiglitz básicamente se concentra en las dos instituciones que prácticamente han manejado la globalización a escala mundial: el FMI y el BM, pues han sido estas instituciones las que han permanecido en el centro de los mayores asuntos económicos de las últimas décadas, incluidas las crisis financieras y la transición de países comunistas a economías de mercado.

Es en la década de los 80 en que los intereses de ambas instituciones empiezan a entrelazarse de una manera nunca antes vista: el BM empieza a generar créditos de *ajuste estructural* para aquellos países en desarrollo que solicitaban su ayuda pero siempre con la venia del FMI que era quien primero tenía que *autorizar* estos ajustes (en realidad una imposición de condiciones). A estas

alturas el FMI ha fallado en su misión original de ayudar a países en crisis; las crisis alrededor del mundo han seguido en aumento en las últimas décadas, mientras el FMI insiste en mantener las *recetas* estandarizadas que no hacen más que exacerbar los problemas.

Un ejemplo claro de esto es Rusia. Cuando este país decidió salir del comunismo adoptando las recetas occidentales del FMI, este les aseguro que vivirían un desarrollo económico sin precedentes. Sucedió todo lo contrario.

Comparado con China, que decidió abrir su economía pero manejada por ellos mismos, en 1990 el PIB chino era el 60 % del ruso, pero a finales de esa misma década las cosas se habían invertido por completo; pasando Rusia a tener un aumento dramático de la pobreza y China un descenso nunca antes visto.

Aquellos que critican la globalización acusan de doble moral a los países ricos y desarrollados pues les imponen su agenda a los países pobres. A través del tiempo, el mayor recurso con que cuentan los países pobres se ha quedado en productos agrícolas; sin embargo, se les prohibió acogerse a la generación de rentas por esta vía, pues los países ricos (sobre todo Estados Unidos) no solo prohibieron a los países de Tercer Mundo la exportación de estos productos sino que empezaron a subsidiar fuertemente a sus propios productores (a un costo altísimo de impuestos para sus propios contribuyentes) para obtener mayores rentas.

Los “términos de intercambio” –aquellos precios que los países desarrollados y menos desarrollados consiguen por sus productos–revelan que el efecto neto fue que los países pobres terminaron pagando más por sus importaciones que lo que cobraban por sus exportaciones.

Entre las instituciones privadas occidentales que mayores beneficios obtuvieron con la globalización generada y patrocinada por el FMI en esta época se encuentran, por supuesto, los Bancos y las farmacéuticas de Occidente. Las farmacéuticas obtuvieron los derechos de patentes de las medicinas más reconocidas, lo que crearía una demanda infinita de esos medicamentos por parte de las grandes poblaciones de países en desarrollo; sin embargo, estas farmacéuticas tuvieron que retroceder un poco cuando, por ejemplo, en el caso de las medicinas para el SIDA tuvieron que

rebajar sus precios prácticamente al costo por la presión internacional que solicitaba que los grandes laboratorios permitieran el acceso a estas medicinas a la población en riesgo.

En 1995 nace una tercera organización llamada, junto a las otras dos, a velar por el desarrollo económico, prever depresiones y mantener un ritmo comercial equilibrado entre las naciones: la Organización Mundial de Comercio (OMC). Pero nació con una gran diferencia frente a las otras dos instituciones: la OMC apenas provee de un foro donde se discuten las negociaciones comerciales y se “garantizan” acuerdos, más no fija reglas de comercio.

Stiglitz pone a EE.UU. y Japón como ejemplos de dos potencias que no liberalizaron inmediatamente sus economías, sino que protegieron aquellos sectores sensibles donde sabían que no estaban listos para competir con aquellas compañías extranjeras fuertes en esos mismos sectores. De esta manera, no permitieron que sus economías se inundaran con productos importados que solo causarían desastres económicos y sociales. Económicos porque se genera pérdida de empleo y de generación de renta; y sociales, porque, por lo general, en los países en desarrollo hay una pobre seguridad social, lo que conlleva a que inmediatamente se generen pérdidas de fuentes de trabajo, se genere pobreza extrema en aquellas personas que ya no logran ubicarse o que salen de la fuerza laboral.

Los fracasos del FMI y el BM se ven reflejados por todo el mundo: en los países de África subdesarrollada, en la antigua Unión Soviética, en las crisis generadas en Asia en 1997 y en todas las crisis latinoamericanas a lo largo de la década de los noventa y principios de 2000. Las estadísticas demuestran cómo en aquellos casos donde se puede decir que ha habido algo de progreso, ese progreso ha sido acaparado prácticamente por el 10 % más rico de la población mientras la pobreza se mantiene, e incluso crece.

El problema más grave se considera el hecho de quién realmente está atrás de la administración de estas organizaciones que hoy manejan la economía mundial: la responsabilidad neta recae sobre las naciones más industrializadas y, a su vez, sus corporaciones comerciales y financieras. Sin embargo, prácticamente todo el negocio se realiza en naciones subdesarrolladas. El problema se agrava aún más: los ministros que *representan* a sus respectivos países (léase ciudadanos) ya vienen

con un discurso que forma parte de la élite comercial y exportadora de cada uno de esos países en desarrollo; élite que ya ha presionado antes a los parlamentos para que estos aprueben leyes que favorezcan sus intereses empresariales y no necesariamente los de sus conciudadanos.

Hoy la mayoría de las naciones del Tercer Mundo están en manos del FMI, el BM y la OMC y son ellas quienes tienen el poder de que la globalización sea buena o sea mala en base a las decisiones que se tomen. Pero es claro que si se siguen adoptando las mismas medidas que se han venido aplicando a lo largo de las últimas décadas, los colapsos económicos de países en desarrollo seguirán ocurriendo con la misma frecuencia y lo que es peor, tal vez creciente.

Hay ejemplos claros como el de las naciones asiáticas y los Estados Unidos que durante el siglo XIX supo crear políticas federales que permitieron el progreso económico del país a un mismo ritmo pero, sobre todo, permitiendo que el Gobierno Federal regule a los Gobiernos Estatales, promoviendo e incentivando industrias y garantizando igualdad de oportunidades para todos sus ciudadanos. Eso es exactamente lo que hoy deberían permitir el FMI, el BM y la OMC realizar a los países en desarrollo.

Promesas rotas

Un claro ejemplo sería el caso del país africano de Etiopía en el año de 1997 cuando llega la misión del BM a cargo de Stiglitz para financiar el desarrollo del país.

Antes de 1997, la situación de Etiopía había sido caótica. El país había vivido sequías y hambrunas que habían acabado con la vida de al menos dos millones de personas. En 1991 asume el poder el guerrillero opositor Meles Zenawi el cual toma el poder de manos del marxista Mengistu Haile Mariam.

Zenawi, quien tenía preparación académica de Economista, había llevado por buen sendero la economía de su país hasta el año 1997. Había logrado plasmar una democracia sostenida con una constitución que incluía a todos y a todas las regiones, y que vivió una fuerte prueba cuando la gente de Eritrea quiso separarse de Etiopía. A pesar de estos avances, la situación social de sus ciudadanos aún se consideraba precaria, teniendo en cuenta todos los años de retraso que había tenido el país en manos de Mengistu. Zenawi combinaba sus dotes intelectuales con sus dotes de

integridad: eran prácticamente nulas las denuncias por corrupción durante su mandato. Básicamente la oposición provenía de las élites empresariales que giraban en torno a la capital etíope y que, lógicamente, habían perdido poder. A pesar de esta oposición latente, Zenawi trabajaba teniendo en cuenta también a esta élite y no solo a la población más desprotegida. Stiglitz cuenta cómo cuando él llega a Etiopía encuentra al presidente Zenawi enfrascado en una lucha con la misión del FMI asentada en su país, pues el Fondo había suspendido su programa de préstamos hacia el país.

La macroeconomía del país parecía funcionar bien: no había inflación (es más, los precios parecían estar cayendo) y la producción estaba creciendo. Con esto, Zenawi estaba demostrando claramente que incluso un país pobre y africano podía salir del subdesarrollo.

A pesar de todo esto, como es lógico en un país tan pobre, siempre se necesitan fondos para realizar obras urgentes ya sean de infraestructura o para obras sociales que ayuden a la gente a salir más rápido del subdesarrollo. Es así que Etiopía se encontraba en plenas negociaciones con el FMI para un préstamo subsidiado de 127 millones de dólares y otro monto proveniente del BM. El problema que se estaba gestando (según el FMI) era por el Presupuesto del Estado; este se generaba a través de dos fuentes: impuestos y ayuda internacional. Aparentemente todo estaba marchando bien, pero para el FMI esto no era así.

El FMI quería que Etiopía empezara a recortar gastos (sobre todo corrientes y de tipo social) ya que (según el FMI) la ayuda internacional podría recortarse en cualquier momento y esto ponía en alto riesgo a la economía etíope.

El problema es que la *lógica* del FMI es perversa: sostienen que todos los fondos que provengan de ayuda internacional debería ser canalizadas a reservas, aunque esto significara dejar de construir hospitales y escuelas. El dinero en *reservas* nadie sabe cuánto tiempo deberá estar guardado y mucho menos cuál es el monto ideal de reservas. Nadie mide cómo ayuda al desarrollo de una sociedad que esta tenga prestaciones sociales (salud y educación).

Zenawi no estaba de acuerdo con esto; en su mente no cabía la idea de haber peleado durante 17 años para ofrecerle a su gente salud y educación; no solo eso, sino también haber convencido a

países amigos de primer mundo para que se mantengan proveyendo de fondos para la obra social de Etiopía, y que vengan unos cuantos burócratas internacionales a decirle que era exactamente eso lo que no podía hacer. Lo que nadie parecía notar es que Stiglitz tenía estadísticas que probaban que la ayuda internacional parece ser más constante y sólida en los países pobres que sus ingresos por impuestos (que era la otra fuente de ingresos al presupuesto). Este no es un dato menor, pues supone echar por el suelo la lógica que quería usar el FMI en ese momento respecto del presupuesto de Etiopía y los supuestos altos riesgos que corría la economía.

Etiopía era un país cien por ciento soberano, completamente a cargo de sus destinos, que estaba siendo manejado de una manera correcta económicamente hablando a los ojos de Stiglitz pues las decisiones del gobierno eran sustentables en el mediano y largo plazo. Sin embargo, el FMI con el pasar de los días empezaba a querer influir más y más en las decisiones del gobierno, incluso pretendiendo que en un momento dado el gobierno consultara cualquier decisión con ellos antes de llevarla a cabo. Esta situación no iba a llegar a buen término. Para los etíopes esto eran prácticas coloniales; para el FMI, se había vuelto solo prácticas estándar.

Otro problema que ya nublabla el horizonte económico de Etiopía era la decisión del FMI de abrir el sistema financiero nacional a los grandes Bancos occidentales. Para unas finanzas tan pequeñas como las etíopes (medidas por sus activos) era imposible poder competir con gigantes como Citibank.

Por otra parte, el FMI también quería que Etiopía liberara las tasas de interés para que estas fluctuaran al vaivén de los mercados. Otra amenaza gigante para la pequeña economía etíope. Esto ni siquiera los Estados Unidos ni Europa occidental lo hicieron, recién hasta después de la década de los 70 cuando ya sus economías se habían fortalecido sustancialmente y se había creado un marco regulatorio. El gobierno de Etiopía al no ceder a las presiones del FMI, este retiró su ayuda. Sin embargo, Stiglitz cuenta cómo hizo las gestiones necesarias para que desde su puesto de jefe del BM poder no solo prestar a capitales a Etiopía, sino también triplicar el monto original. Esto demoró volver a convencer a los del FMI para que dieran finalmente su visto bueno.

El FMI es una institución que pasó de haber sido creada para *mantener el orden económico* a interferir directamente en la creación de políticas económicas en países subdesarrollados. Este acercamiento es totalmente funesto para los países en desarrollo donde el FMI pretende imponerse, pues este acercamiento parte de una *receta estándar*, cuando cada país tiene sus propias realidades que ni siquiera los economistas del FMI a veces pueden llegar a entender, al menos, no más que los economistas locales que viven el día a día de sus problemas económicos.

Stiglitz continúa con la historia de Botswana, un país muy cercano a Etiopía pero con una economía en marcha gracias a que decidió no trabajar con el FMI y, en lugar de eso, trabajar con otro tipo de asesores internacionales que no venían a imponer políticas de ajuste sino más bien a trabajar en conjunto con las autoridades de gobierno para sentar las bases de una economía sólida que pueda sostener cualquier *shock* eventual que se pudiera presentar. Y así presenta otros casos de países africanos cada uno con “recetas” diferentes para lograr el tan anhelado desarrollo en sus economías; pero más que nada desnuda al FMI como lo que es: un hipócrita con promesas rotas.

Libertad de elegir

Durante la década de los 80 y 90 los tres pilares fundamentales que el Consenso de Washington aconsejaba eran: austeridad fiscal, privatizaciones y liberaciones de los mercados. Estas políticas fueron creadas para responder a problemas reales que sucedían en América Latina y que, aparentemente, tenían sentido, ya que en aquellos años la mayoría de los países latinoamericanos tuvieron inmensos déficits en sus presupuestos anuales creados por pérdidas en empresas gubernamentales totalmente ineficientes.

La disciplina fiscal es bienvenida y está claro que las economías se desenvuelven mucho mejor cuando los gobiernos se dedican a crear y ofrecer servicios públicos de calidad en lugar de administrar empresas públicas para lo cual no son eficientes, y es ahí cuando la privatización tiene sentido. Y si los Tratados de Libre Comercio son realizados de una manera correcta, entonces ahí sí se crearán nuevos y mejores empleos. Este tipo de políticas se convirtieron en fines y no en medios para alcanzar economías sostenibles. Alta austeridad fiscal, altas tasas de interés, privatizaciones y liberación financiera fueron la receta “mágica” del FMI para el desastre.

El problema que se genera en las privatizaciones es que el FMI asumía que los mercados responderán rápidamente a las necesidades del mercado, cuando no necesariamente es así. Es más, muchas de las actividades de los Gobiernos surgen porque los mercados fallan en proveer esos servicios a la población. Según el FMI, lo importante es privatizar rápido, las regulaciones y temas de competencia pueden arreglarse después.

El problema de este pensamiento es que suele generar monopolios que luego son extremadamente difíciles de romper, incluso para los propios Gobiernos, y quienes terminan sufriendo no solo los altos costos de estos servicios sino en muchos casos ni siquiera la obtención del servicio es la franja más pobre de la población. Este tipo de privatizaciones bajo el esquema del FMI agrava también el tema social del desempleo, pues por lo general las empresas públicas son vendidas a inversionistas extranjeros que lo único que quieren es maximizar ganancias y una de las primeras prácticas que realizan es despidos masivos.

La liberalización de los mercados es cerrar todo tipo de injerencia Gubernamental en los mercados financieros, mercados de capitales y barreras al comercio. Este es uno de los poquísimos temas en donde el FMI reconoce, públicamente, que su rol jugó un papel fundamental en la crisis financiera global de los 90 y el daño que le puede hacer a la economía de un pequeño país subdesarrollado la liberalización de todos sus mercados.

El único aspecto de liberalización que muchos apoyan (entiéndase por “muchos” a aquellas élites que manejan la producción y el comercio de estos países) es el libre comercio de mercancías. El problema con este aspecto (una vez más) es el enfoque desde el que se lo maneja. El FMI dice que los países al liberalizar su comercio de mercancías empezarán a cerrar empleos de baja calidad y creará nuevos empleos más productivos gracias a ese nuevo intercambio. Nada más alejado de la realidad; no se crean nuevos empleos, simplemente se destruyen los anteriores pues está comprobado que cuando las economías abren sus fronteras y no tienen sectores económicos competitivos, la entrada de productos pertenecientes a grandes corporaciones extranjeras tarde o temprano cerrarán esas empresas locales generando desempleo y pobreza.

La creación de nuevos empleos se realiza desde la inversión de capital y con nuevos emprendedores que ingresen a dinamizar la economía. Estos dos actores se encuentran poco en los países subdesarrollados y el FMI no hace más que complicar las cosas pues dentro de sus recetas no se destinan nuevos fondos para educación (y generar emprendedores) y con sus permanentes políticas de ajuste es prácticamente nula la nueva inversión y peor aún si se tratan las altas tasas de interés que suelen manejar las economías “patrocinadas” por el FMI.

En Asia del Este se encuentran los países en desarrollo más exitosos, con sus economías abiertas al mundo, pero habiéndolo hecho de manera muy gradual. Su receta fue usar la globalización como trampolín hacia el progreso aumentando sus exportaciones. Hicieron uso de barreras de protección hacia sus economías y solo se fueron deshaciendo de ellas cuando nuevos empleos ya habían sido creados y sus economías eran más competitivas.

Está claro que hay historias de éxito, las de aquellos países africanos que supieron implementar políticas de desarrollo económico, y los asiáticos que con su apertura gradual han sabido colocarse entre las nuevas potencias.

Pero lo importante aquí es entender que a medida que pasa el tiempo, cada país es distinto y presenta sus propias realidades económicas, las que deben ser tratadas con estrategias desarrolladas y adoptadas específicamente para cada caso, haciendo uso de la mayor cantidad de información posible para poder entender los problemas inherentes a cada nación; de lo contrario se terminará (como siempre) adaptando *recetas estándar* cuyas consecuencias van quedando cada vez más claras.

El camino hacia delante

La realidad de la globalización hoy en día es que no está funcionando para muchos. No está funcionando para los más pobres, no está funcionando para el medio ambiente y no está funcionando para la estabilidad económica global.

Pero Stiglitz dice que la solución no es abandonar la globalización. El deja en claro algunos ejemplos de cómo la globalización bien manejada, trae grandes beneficios a las economías y, por ende, a los ciudadanos, tanto pobres como no pobres.

Habla de cómo el Este de Asia logró aprovechar la globalización y a través del aumento de sus exportaciones lograr abrir sus economías y generar altísimo desarrollo económico. El problema no es el concepto de globalización en sí mismo, sino cómo se la ha venido manejando en la mayoría de casos. Por un lado los organismos internacionales: FMI, BM y OMC que son quienes prácticamente dictan las reglas del juego. Se ha llegado al punto de que hoy es posible notar al servicio de quién están estas instituciones: de los países industrializados y de la comunidad financiera internacional, y también de los intereses que están entrelazados entre esos mismos países y esa misma comunidad financiera y que al final terminan siendo los otros responsables del mal manejo actual de la globalización. Es así que Stiglitz sostiene que estas instituciones pueden ser salvadas y rediseñadas. Que es cuestión de voluntad porque el fin original para el que fueron creadas es perfectamente alcanzable.

Es así que ofrece un acercamiento más profundo a cada uno de los aspectos que él considera deben ser trabajados para que estos puedan ser redefinidos y así volver los ojos a la globalización pero desde otra perspectiva, una que no solo incluya lo comercial y lo financiero, sino también lo humano.

Intereses e ideología: Stiglitz en su libro describe la inconsistencia intelectual y las políticas inconsistentes que el FMI ha venido adoptando.

Si en el caso del FMI los intereses financieros han dominado su agenda, en el caso de la OMC los intereses comerciales han dominado la agenda de esta otra institución. Es curioso que a pesar de que sus acciones dejan notar que persiguen un interés comercial y financiero por sobre todo lo demás, estas instituciones en realidad están convencidas de que las cosas no son así pues consideran a la agenda que están siguiendo como la única realmente óptima para alcanzar el bien común y que, *eventualmente*, todos se beneficiarán de la liberalización del comercio y del mercado de capitales. Estando claros en esto, es que se nota la necesidad de que el cambio debe empezar por la *mentalidad* con que se manejan estas instituciones. Es allí donde se debe generar un primer cambio y que, consecuentemente, permitirá encadenar las acciones a seguir más adelante. Esta mentalidad tiene que ser consciente de que no existe un solo modelo económico. Se puede decir

que durante décadas han coexistido tanto el Comunismo como el Libre Mercado. Para bien o para mal el modelo de Libre Mercado es el que se ha venido imponiendo a nivel global, pero incluso dentro de este modelo, hay diferencias entre cada país que decide aplicarlo como modelo económico.

No estarán las mismas características en la economía de Libre Mercado de Suecia si se compara con la misma economía de Libre Mercado de los Estados Unidos, dice Stiglitz. Y esto es lógico, pues cada país tiene diferencias estructurales marcadas en su economía, cuyo origen, por ejemplo, podría rastrearse al hecho de con qué recursos naturales cuenta para desarrollar desde ahí su economía, lo que implicará el desarrollo de estrategias distintas en cada nación, a pesar de que estén operando bajo el mismo modelo económico de Libre Mercado.

Tanto en el BM como en el FMI, la no atención a las implicaciones de estas diferencias entre las economías de las naciones es lo que ha minado la confianza de muchos países en el rol que juegan estas instituciones actualmente, pues aun habiendo casos tan claros como el éxito económico de los países de Asia del Este, el BM y el FMI han preferido hacer oídos sordos ante la comunidad internacional. La evidencia que se ha generado no ha sido suficiente para cambiar la ideología de estas instituciones, quienes han preferido crear su propia evidencia a partir de desechar la evidencia que no les conviene a los intereses que crearon.

La necesidad de Instituciones Públicas Internacionales: la necesidad de que existan instituciones trabajando por el bien colectivo de las naciones es ya imperativa. Cuando se habla de globalización, cualquier consecuencia de esta automáticamente afecta varias naciones al mismo tiempo. Cuando se habla de un accionar colectivo para lidiar con la globalización ya no se habla solamente de trabajar en los sectores políticos y financieros; hoy por hoy existen otras áreas que tienen el mismo nivel de importancia para la globalización, como por ejemplo el medio ambiente y los asuntos de salud. Y es que la globalización aumenta la interdependencia entre la población mundial, por lo que se hace altamente necesario el trabajo colectivo no solo entre naciones sino también entre aquellas instituciones que tienen a su cargo el manejo de los sectores de los que se ha abordado.

Gobierno: el equilibrio de poderes en las instituciones que manejan las finanzas, la política y el comercio mundial es una utopía. Los países más poderosos son los únicos que han podido tomar decisiones desde la creación de estas organizaciones, dejando totalmente de lado la opinión de aquellas naciones más pequeñas y, por lo tanto, de las poblaciones que habitan esos países. Esta es un área en la que hay que trabajar fuertemente para poder ir logrando que los más pequeños no dependan de los grandes; sino que las decisiones se tomen en conjunto, que estas instituciones se hagan más participativas hacia aquellas naciones que durante décadas han sido simples espectadores.

Transparencia: los temas que se tratan a diario en las instituciones económicas internacionales hacen que sea imperativa la apertura al público en general, de cómo y por qué, se toman las decisiones que se toman. Sin apertura no hay transparencia y sin transparencia no hay confianza. Sin confianza en las instituciones, la sociedad se vuelve caótica pues no hay un orden establecido que permita definir un rumbo.

Reformando el FMI y el sistema financiero global: Stiglitz empieza por el FMI porque considera que saca a flote de una manera mucho más extensa los problemas que aquejan a esta y a las demás instituciones que definen el rumbo de la economía.

Uno de los problemas más grandes, y que puede ser considerado la base de lo que aqueja actualmente al FMI, es la falta de distinción que hace entre ideología y ciencia. La ciencia siempre reconoce sus límites y lo que no conoce, de allí que existe incertidumbre. La ideología en cambio, desconoce por completo la incertidumbre como si fuera infalible. El FMI ha caído en el pecado de sentirse infalible y creer que ellos simplemente no cometen errores; entonces surge la pregunta: ¿cómo corregir algo, si se desconocen por completo los errores cometidos? Cuando el Fondo ha reconocido algún (pequeño) error, como por ejemplo en el caso de la crisis asiática, optan por obviar cualquier tipo de discusión sobre el tema. Al no existir discusión no puede haber corrección y queda latente la amenaza de volver a caer en el error cometido (como ya ha pasado en algunas naciones).

Stiglitz recomienda (y también varios otros economistas y sectores económicos alrededor del mundo) que el FMI vuelva a sus raíces; es decir, a la misión original para la que fue creado y, de esta manera, reducir drásticamente su campo de acción. Al reducirlo, se asume que se concentrará en lo suyo y las probabilidades de éxito en su accionar se aumentan dramáticamente.

Esfuerzos reformistas: luego de ocurrida la crisis asiática y de que voces alrededor del mundo criticaran el accionar del FMI, hubo un consenso general de que el sistema económico internacional necesitaba ser reformado. Sin embargo, el FMI y el Tesoro de los EE.UU. consideraron que solo eran necesarios menores cambios. Al documento que se realizó con la intención de plasmar los cambios en las reglas del juego para prevenir otras crisis se lo llamó pomposamente *Reforma a la Arquitectura Financiera Global*.

El nombre fue lo único realmente influyente en este documento. Las reformas que se intentaron generar en realidad se convirtieron más en retórica que en un verdadero accionar hacia los problemas que se quería atacar en las economías de los países con problemas. La solución que se buscó para ciertos errores del pasado quedaron en el papel y en los discursos; en la realidad, estos cambios que se intentaron dar encontraron gran resistencia no solo en aquellas personas que lideraban las instituciones económicas sino también en los países desarrollados.

Lo que se necesita: Stiglitz provee de una lista de cinco puntos considerados por él los más necesarios y urgentes para lograr una verdadera reforma:

1. Aceptar que es un peligro la liberalización de los mercados de capitales como lo es también el Flujo de Capital a Corto Plazo (o “dineros calientes”).
2. Reformas en el manejo de las quiebras y las moratorias.
3. Aminorar la esperanza de los Bancos en los llamados “salvatajes”.
4. Fortalecer las regulaciones bancarias de los países subdesarrollados.
5. Mejorar la “gestión del riesgo” pues los países alrededor del mundo enfrentan grandes riesgos por la volatilidad de los tipos de cambio.

Dentro del punto cinco se incluyen dos puntos más:

- Mejorar las redes de seguridad (políticas de corte social), y

- Mejorar las respuestas a las crisis que se presentan ubicándolas en un contexto social y político.

Reformando el BM y la asistencia al desarrollo: Stiglitz tiene mucha esperanza en el cambio que se puede dar en el BM desde su paso por la dirección de este Banco. Considera que el BM ya venía dando los primeros pasos para generar un cambio en su manejo antes de que se generara la crisis asiática, si bien este cambio no parecía ser ni tan grande ni tan radical, dejaba notar que este comprendía que debía volver a sus raíces: el desarrollo de los pueblos y la erradicación de la pobreza.

Para concretar el desarrollo de las naciones, el BM abordaba originalmente los problemas de los países desde una óptica netamente de entrega de recursos de capital; sin embargo, era claro que había llegado el momento de abordar el problema desde otra óptica, esto es incluyendo la transformación de la sociedad como pilar fundamental de cualquier tipo de desarrollo.

Hay que tener en cuenta que los organismos internacionales no son los mayores responsables de esta transformación, pero en lo que sí se está de acuerdo es que su rol es muy importante.

Asistencia: comúnmente la ayuda que se les concede a los países viene acompañada de una serie de imposiciones; las cuáles lo más probable es que generen obstáculos para el alcance de aquellas metas de mercado. Es por ello que hoy algunos señalan que ese escenario de imposición que no es eficiente, debería ser reemplazado con uno de *selectividad*; es decir, ofrecerles ayuda a países que tengan un *record* probado de antecedentes, lo que permita a ellos mismos escoger sus propias estrategias para alcanzar el desarrollo. En este aspecto, la evidencia señala que la asistencia ofrecida selectivamente puede tener un impacto sumamente significativo tanto en promocionar el crecimiento como en reducir la pobreza.

Condonación de deudas: los países subdesarrollados no solo necesitan que les sea ofrecida asistencia para lograr un desarrollo sino que también necesitan más ayuda de la que ya se les está ofreciendo. Pequeños montos de dinero (que no estén destinados solo a salvatajes bancarios) pueden hacer enormes diferencias en promover salud y educación. Pero la realidad es que los montos totales de asistencia a estos países, si se ajustan a la inflación, en realidad han venido

disminuyendo. Stiglitz afirma que se debe crear una base para el financiamiento de estas asistencias en un nivel más sostenido.

Hoy hay capital de la cuenta de ingresos que se destina a generar reservas económicas para los países, de tal manera que cuenten con recursos para sostener cualquier tipo de amenaza que presenten los mercados, lo que significa que hay recursos que no se están destinando a la demanda agregada. Destinar capital para financiar asistencia al desarrollo ayuda por un lado a fortalecer la economía global y, por otro lado ayuda a algunos de los países más pobres del mundo.

Otra propuesta es la de usar recursos provenientes de la venta de recursos que pertenecen a todos, por ejemplo, los minerales en el suelo marino o derechos de pesca sobre los océanos para ayudar a financiar la asistencia para el desarrollo. Pero más recientemente la atención se ha trasladado hacia el hecho de poder condonar las deudas de los países. Esto nace a causa de que actualmente se puede encontrar con facilidad como hay países que destinan la totalidad de sus ingresos por exportaciones a pagar deuda. Bajo este esquema el crecimiento de un país es imposible. Se llega al punto de deslegitimizar las deudas por la forma en que fueron suscritas. Al deslegitimizar las deudas se entra al campo de lo moral y allí se empiezan a discutir los destinos de muchos de esos préstamos otorgados por países desarrollados a países del Tercer Mundo a partir de la llamada Guerra Fría, lo que hace pensar que no existe razón alguna por la que poblaciones enteras de países subdesarrollados deben de pagar con impuestos, dinero que nunca llegaron a ser usados para proveerlos de algún tipo de desarrollo sino que simplemente sirvieron para llenar las arcas de ciertos líderes políticos que en realidad no los representaban; más aún si los prestamistas sabían bajo qué condiciones otorgaban esos préstamos.

Reformando la OMC y el equilibrio de la agenda comercial: las marchas alrededor del mundo en contra de las políticas comerciales de la OMC surgen como reclamo a la clara hipocresía con que se han venido manejando las políticas de comercio internacional. Mientras los países desarrollados han presionado duramente a los países subdesarrollados alrededor del mundo a que abran sus fronteras a los productos industrializados de primer mundo, estos países industrializados han seguido manteniendo cerradas sus propias fronteras a productos y mercancías que provengan

de estos países en desarrollo. Mientras los países desarrollados mantengan el discurso de que los países pobres deben abstenerse por todos lados de otorgar cualquier tipo de subsidios en sus economías, ellos subsidian millonariamente industrias agrícolas, lo que hace imposible para estos países pobres poder entrar a competir con sus productos en estas economías de primer mundo. Mientras países como EE.UU. predicen la competitividad como receta del desarrollo económico, permiten que por otro lado se cree un cártel del aluminio y del acero cuando sus industrias se ven de alguna manera amenazadas por las importaciones de esos productos. Y mientras los EE.UU. presiona a los países de la periferia por liberalizar sus mercados financieros, ellos resisten la liberalización en el sector de servicios a las industrias de construcción y servicios marítimos, industrias en las cuales los países subdesarrollados son muy fuertes.

El área de comercio internacional permanece cerrada a las discusiones por cambiar este escenario, lo que por un lado no deja muy bien parados a los países desarrollados (de quienes dependen las políticas de este tipo) y, por otro lado, mantiene en permanente amenaza las economías de los países en desarrollo al no poder crecer hacia nuevos mercados tan atractivos.

Otra de las áreas que acarrea gran preocupación es la de Derechos de Propiedad Intelectual. A pesar de que el conocimiento básico de todas las ciencias no es patentable, no se puede negar el hecho de que cuando ocurre una innovación en algún campo se hace necesaria la propiedad intelectual sobre esa innovación y/o desarrollo.

Actualmente, cuando la OMC crea políticas de negociación para esta área, pone por encima los intereses de las grandes farmacéuticas del primer mundo sobre los de los usuarios de esos productos. Esto es un error garrafal pues, crea un escenario donde se privilegia el capital por sobre la vida, pues está demostrado que las personas que necesitan hacer uso de estos avances en muchas ocasiones son los pobres de las naciones subdesarrolladas, pero al tener precios tan altos, los pobres simplemente dejan de usar los productos, sumando una crisis humana al problema.

Adicional a lo expuesto, se ha descubierto un nuevo problema igual de grave que el anterior: la *biopiratería*. Los grandes laboratorios farmacéuticos últimamente han pretendido patentar tanto medicinas tradicionales como alimentos de países de tercer mundo, con el supuesto de que estos

son la base de ciertas medicinas y alimentos sintéticos creados en sus laboratorios. Sin embargo, se sigue discutiendo el hecho pero la presión es permanente por parte de los países industrializados y de los laboratorios, ya que cuentan con los recursos financieros y legales para mantener una guerra permanente en este sentido.

Reformar la OMC no es solo cuestión de lograr un balance en la agenda de comercio entre los países industrializados y subdesarrollados; se trata también de lograr un balance en otros aspectos más profundos y preocupantes como, por ejemplo, el medio ambiente y la sustentabilidad.

Para hacer esto no es necesario esperar a que se agoten las actuales instancias y generar una nueva ronda de diálogos y negociaciones, no. Está en manos del mundo desarrollado empezar a generar políticas que desde ya empiecen a mostrar una actitud abierta hacia un nuevo balance comercial entre sus naciones y las del mundo subdesarrollado de tal manera que estas puedan ser también partícipes de las alegrías de un desarrollo económico más equitativo.

Hacia una globalización con un rostro más humano: Stiglitz hace al final del libro una adición que cambia por completo el discurso de la globalización. Las reformas de las que se habló es indudable que hacen a la globalización más justa y más efectiva en elevar los niveles de todos pero sobre todo de los pobres. La cuestión con la globalización no se reduce a cambiar estructuras institucionales; se trata también de cambiar el pensamiento con que se maneja.

La mirada con que se la ha venido tratando de ser solamente un fenómeno económico, es mucho más que eso para los residentes de los países en desarrollo. Cuando se ataca a la globalización se dice que debilita los valores tradicionales de los ciudadanos al poner por encima el simple interés económico. Los valores y la identidad cultural se ven casi siempre atropellados por el incesante desarrollo económico que no mira costumbres a la hora de buscar rentas.

Por lo general, las comunidades rurales no solo de los países tercermundistas sino incluso de los países desarrollados denuncian cómo las grandes corporaciones al entrar en sus territorios pretenden romper con su manera de ver y llevar la vida, tanto en su forma de vestir, alimentarse y sanarse; intentando crear sociedades “igualitarias” pero degradando sus individualidades hasta convertirlos en un componente más de sociedades genéricas.

Otra de las preocupaciones que causa la globalización es lo que le hace a la democracia de los países. Cada vez es más notorio el hecho de que pareciera ser que cuando un país que está sufriendo una dictadura de una élite local, simplemente viene a ser reemplazada por otra dictadura esta vez proveniente de financistas internacionales, con imposiciones que suenan también a amenazas y que obligan a los países a entregar prácticamente su soberanía entera a estas instituciones económicas internacionales. Depende de los países saber escoger sus líderes y depende a su vez de estos líderes saber escoger los caminos más apropiados para alcanzar el desarrollo que esos pueblos tanto anhelan.

La globalización hoy es desafiada alrededor del mundo entero. El descontento está generalizado. Pero no hay que perder la objetividad sobre el tema. En necesario primero reconocer que la globalización ha logrado desarrollar economías de países pobres y sacar a millones de la pobreza. Ha logrado también desarrollar a las personas no solo en el ámbito económico sino en otros ámbitos que les han permitido crecer como personas al tener acceso a salud, educación y tecnologías que antes de que sus naciones abrieran sus economías al mundo eran difíciles de tan siquiera soñarlas. Pero para otros millones de seres humanos la globalización no ha funcionado. Más bien, vino a causarles inseguridades de todo tipo al ver como sus trabajos se perdían, sus ahorros se pulverizaban, el futuro totalmente nublado y una sociedad que se derrumba al ver que no hay oportunidades de ningún tipo y cuyos líderes políticos apenas si están en sus cargos ya sea para perennizarse en el poder o para llenar sus arcas personales. De allí que si la globalización sigue siendo manejada de la manera en la que ha sido llevada a cabo en estos países, en lugar de promover desarrollo lo único que ofrecerá será pobreza e inestabilidad.

Los Estados tienen que tener un rol más protagónico en el manejo de sus economías, sin que esto signifique convertirse en el único protagonista. El Estado es el llamado a corregir los errores del mercado, pues es posible presenciar cómo los mercados no se regulan solos, y que es insostenible la idea de pretender esperar a que pase el tiempo y que mientras tanto millones de personas vivan en la miseria hasta que ese momento tan esperado de autoregulación llegue.

Las teorías de Keynes fueron puestas a prueba en los EE.UU. luego de la Segunda Guerra Mundial y funcionaron. Cuando la idea de la globalización se empezó a gestar, lo que originalmente se intentó era “globalizar” la receta que había funcionado en los EE.UU. para que todo el mundo pudiera disfrutar el progreso que EE.UU. estaba viviendo después de la implementación de esas políticas.

Pero algo salió mal y con el pasar de los años esa receta original se fue convirtiendo en un híbrido desconocido. Hay que seguir creyendo en los mercados, pero también hay que entender que cuando en este ocurre una falla el llamado a solucionar esa falla es el Estado en pos de que el mercado se recupere y siga funcionando eficientemente.

Conclusiones

Decidí escoger a Joseph Stiglitz para realizar mi ensayo porque estoy convencido que dentro de la lectura del libro *El malestar en la globalización* se encuentran grandes rasgos que Ecuador está siguiendo como el modelo de globalización que este propone. Si se estudia con detenimiento las políticas que el gobierno de Rafael Correa ha puesto en marcha para sacar la economía del país hacia delante, es posible notar como el modelo de globalización del Ecuador (esto es insertarlo en la economía global) está basado en las ideas originales de Keynes de que el Estado debe jugar un rol protagónico en la marcha de la economía, definiendo claramente las causas de los problemas estructurales que vive la economía y definiendo también claramente las estrategia para salir de esos problemas.

El gobierno de Rafael Correa llegó al punto de cortar todo tipo de relaciones tanto con el FMI como con el BM pues desde su discurso como presidente sostuvo que estas instituciones estaban causando daño al país con sus *recetas neoliberales* que no solucionaban para nada los verdaderos problemas que tenía la economía ecuatoriana en el año 2007 y que ya venía arrastrando desde hacía una década atrás.

Es indudable que Rafael Correa debe mucho de su éxito al alto precio del petróleo que ha tenido durante gran parte de su mandato, pero no es menos cierto que esta *externalidad positiva* no es la

única causa de progreso económico para Ecuador, sino que fue un complemento al resto de políticas implantadas. Los pobres en Ecuador se han reducido en 1,3 millones de personas a lo largo de los últimos ocho años, una cifra que también ha ido acompañada de mejores niveles de vida para estos y todos los ciudadanos respecto de salud, educación y tecnología. Y es que las políticas de corte social han ido permanentemente acompañando a las de corte económico, ya que para el gobierno de Correa no hay desarrollo económico si no hay desarrollo personal de los ciudadanos.

El manejo de la economía ecuatoriana es hoy reconocido por organismos económicos internacionales (incluso el mismo BM) y por las más prestigiosas revistas especializadas en temas económicos. El hecho de que este manejo es comparado también al que hicieron en su momento tanto las naciones de Asia del Este como algunos países nórdicos no es una casualidad, pues en más de una ocasión Rafael Correa ha dicho que esos son los modelos que el busca (si cabe el término) imitar. Hoy, Correa tiene que lidiar con un precio de petróleo en niveles de *record* bajo para su gobierno, esto lo ha puesto a la tarea de ejercer ajustes estructurales en la economía que han recibido todo tipo de críticas, pero que si se hace un poco de investigación se notará que son los ajustes necesarios en este tipo de situaciones.

Una de las situaciones que reafirma el buen manejo de la economía ecuatoriana es el hecho de que ha vuelto a colocar Bonos en los mercados capitales internacionales, y estos Bonos tienen una demanda sostenida lo que permite el financiamiento del actual déficit presupuestario en niveles más que aceptables. No se olvide en todo este panorama que Correa tiene que lidiar con un tema que complica aún más el trabajo: Ecuador no tiene moneda propia, y el dólar no es una herramienta que el gobierno puede utilizar para realizar ajustes estructurales de ningún tipo.

Referencias bibliográficas

STIGLITZ, JOSEPH E., 2001. El malestar en la globalización. España: Taurus.

STIGLITZ, JOSEPH <http://materias.fi.uba.ar/7106/Resumen%200302/Texido/STIGLITZ%20sudeste%20asiatico.pdf> (La Crisis del Sudeste Asiático)

MASCAREÑAS, Juan y CACHON, José: Activos y Mercados Financieros. Las Acciones. Pirámide. Madrid. 1998 (2ª ed.)

ONTIVEROS, E.; BERGÉS, A.; MANZANO D. y VALERO F y J (1991): Mercados Financieros Internacionales. Ed. Espasa Calpe. Madrid.

ORTIZ, Carlos H., Stiglitz VS. El consenso de Washington, Revista Sociedad y Economía Número 3, octubre de 2002, pàgs. 201-214.

TOUSSAINT, Eric. Las dos fases del ajuste estructural. En libro: La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos. Eric Toussaint. 2ª. Ed.. (2004)CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina.